

la menor apariencia del «huaso con el caballo en la puerta» que ha dado en la flor de inventar mi amigo Januario Espinosa. Acaso es demasiado fino de manera en relación con su aspecto atlético. El mito campesino con respecto a él no tiene ningún asidero. Es sólo fantasía literaria y afán de hacer frases en alguno de sus biógrafos. Ni su ascendencia ni su extracción social pudieron influenciarlo hacia las maneras campesinas. Cauquenes, donde cursó sus humanidades, es capital de provincia, con vida social tan estirada como la talquina. Y Constitución, donde residía su familia, es puerto mayor y balneario, cuya moda precedió a la de Viña del Mar, no son viveros de huasos como ciertas aldeas de la zona central. Es, pues, una curiosa mitología la que ha solido desfigurar la verdadera apariencia de este escritor. Pero es así como se suelen escribir todas las historias, y la literaria no podía escapar a este fenómeno.—
L. IGNACIO SILVA A.

<https://doi.org/10.29393/At189-16PCLG10016>

PICHAMÁN, por *Leoncio Guerrero*

Entre el mismo crepitante panorama que Leoncio Guerrero escribiera su «Pichamán», leo yo sus doce cuentos de este libro, donde la voz del Maule acarrea lamentos, historias y girones de un destino que es urgente y humano enaltecer hacia la luz de un día grande. Porque si bien es cierto que los cuentos de Guerrero tienen ancha asa en que sujetarse, no lo podemos negar, es más allá de ellos que se estiran los problemas y las consideraciones que en su pluma son leve signo enrojecido, leve signo que quiero, aquí, enanchar hasta el relámpago.

La explotación feudal del campo chileno no es literatura. Existe y, por existir, resulta que no podemos encararla con simples manifestaciones retóricas, vale decir, inútiles, en este caso.

Se sufre y el sufrimiento del hombre no debe ser para el escritor de hoy, en potencia de llave de un futuro digno, a menos que rebaje su profesión, motivo puro de estética, sino ocasión para denunciarla, disminuirla y extirparla. Pienso que los que trabajan con temas humanos, con temas donde resplandece la llaga de la explotación capitalista, no pueden, ni deben, actualmente retratarla, aunque la mano sea maravillosa: es deber gritarla y maldecirla, aplastarla y reemplazarla por una luminosa edad de hombres felices.

Numerosas obras chilenas orientan su flecha al corazón del campo: triángulos eróticos y falsos, semejanzas que fatigan, paisajes que son verbalismos. Uno se pregunta, ¿no hay allá rancho inmundo, comida poca, analfabetos, tuberculosos, jornaleros fieros, vidas sin resplandor? Ya sé que se argüirá: la literatura no es órgano de propaganda, el escritor debe ser, sencillamente, eso, (no tan sencillamente se me escapa por los poros...); pero el escritor tampoco debe ser un canalla, un ciego social! Y de esto se trata; de realizar una faena que valga la pena sufrirla. Y si hubiéramos de conformarnos con la sola labor del que succiona cuadros a la vida para contarlos, sin enmendarla en lo que tiene de sucio y de obscuro, de inhumano y—justamente, oh, inefables ángeles puros de las letras—de antiartístico, (ya que el hedor y la mugre, las hambres y las lentísimas agonías no poseen ninguna hermosura), desgraciada sería hasta la eternidad la vocación del escritor, y sería desgraciada por estéril, por baja, por mezquina, por miope, por banal y cobarde.

No se trata de colmar el volumen de un libro con carteles políticos, ni de tornar la carrera en sacerdocio laico; es el cantar diferente: de ver, de comprender, de decir la injusticia se trata... aunque para ello no se utilicen ni giros determinados, ni palabras sacramentales, ni citas indispensables.

Es terrible la ceguera de los criollistas chilenos, salvo instantes dignos y nombres escasos, frente al drama del campesino

curvado y desnudo. Para ellos únicamente ha sido algo pintoresco: un huaso que galopa por un capítulo, un bandido legendario, un don Juancito de vacaciones en el corazón de la patrona. ¡Nunca un explotado, un semejante a quien es menester redimir de las garras enguantadas del agricultor nacional, que envejece lejos de «su» trigo, en la francachela francesa o en la siutiquería de la provincia...!

Leyes sociales, atenciones humanas, defensa de la raza, amor al niño proletario: ¡literatura! ¡Trabajar de sol a sol, producirle al amo, y a sus hijas y a sus mujeres, que «cristianamente» tapan sus narices cuando el roto aparece por «las casas»! Amarga verdad que uno, poco a poco, descubre al viajar por el campo de Chile: inspectores del trabajo que no rehusan un corderito de don Fulano de Tal y demuestran que el Derecho del Trabajo es una manera de vivir en ellos y no una misión de vivir que ellos están en la obligación de repartir en favor de los que no viven, sino que mueren: ranchos infectos, con ninguna luz, sin higiene ni nada que alegre y levante, paredes ennegrecidas, tierra en el suelo, animales; pan negro, comida sin horario; infancias descalzas, mugrientos, trabajando a los siete años y desconociendo que ellos tienen un derecho humano a no ser desventuradas bestias en el surco de la vida.

Estas y otras muy punzantes ideas golpean a quien lea a Guerrero, como yo, a la orilla de la angustia donde recogió las páginas de su «Pichamán». Felizmente Guerrero, en su libro, ha sabido producir un equilibrio de honradez y sus cuentos «El Fantasma», «Las Vaquillas», «Útiles de Labranza» y, en menor escala, «¡Ha llegado un Circo!», exudan comprensión humana y posición limpia.

Corre en su libro, («La Chey de don Lucho», «Blanca, la Campesina» y «Las Suertes de las Niñas»), un viento de carnes estremecidas; echa sexo su humareda roja en pequeñas historias, en que la más cargada nota es siempre la mujer que se queda

con su «huachito», haciendo de tripas corazón y, perpetuando, de este modo, la cadena de años negros...

Pobres son los personajes, hambrientos; mugrientos y pesimistas, con la chilenidad floreciéndoles en alguna sonrisa pícaro. Chilenidad que el autor guarda en sí y que le lleva a ratos, a ser mordientes en el decir y en la observación.

Mucha tela que cortar prodiga este libro y una obsede: la incultura del medio que pinta—y que es la de medio Chile de ojotas. Y ahí está el final de este anillo de protesta que se abre en este artículo; de derramar la cultura en el pueblo es que estamos, algunos ávidos, porque estamos ciertos que en el momento en que la luz caiga en tanta frente, la vida alzaré en nuestro país sus banderas mejores y muchas cosas obtendrán su nivel verdadero. Guerrero lo escribe como remate de su obra y nos quedamos sedientos de esa misma hora.

Agil de expresión, tierno con mesura, en su primer libro, Leoncio Guerrero representa, con nobleza, a nuestra juventud en el género donde los consagrados siguen siendo no poco «apatronados» de clase, de paisaje y de sensiblería.—A. S.



LAS LANZAS COLORADAS, novela de Arturo Uslar Pietri. Editorial Zig-Zag. 1941

Con una bellísima portada de Mauricio Amster, la Editorial Zig-Zag ha lanzado a la circulación la hermosa novela de Uslar Pietri «Las Lanzas Coloradas», sugestivo título arrancado de uno de los episodios de la guerra de la Independencia, allá en el Virreinato de Nueva Granada.

Uno de los generales insurgentes, Paez, dice en un parte de guerra:

«Destaqué al sargento Ramón Valero con ocho soldados...